

Pasión por la locura

En el mes de abril del 2012, Roberto Zambrano Brochero se sentó a ver caer la lluvia en Barranquilla. Como casi todos los años, el cielo se derramaba sobre las calles sin acueductos, las largas filas de carros se acumulaban mientras el arroyo crecía sin reparo y la ciudad entera se detenía hasta que las nubes se cansaran de dejar caer sus lágrimas. Sin embargo, a Roberto no le importaba, pues su mente estaba distraída pensando en la chispa que se le acababa de apagar en su vida.

Antonia Brochero Meléndez nació el 28 de [marzo](#) del año 1919 en un pequeño corregimiento del Magdalena llamado Moya. No fue criada en cuna de oro y su apellido no era de gran importancia, pero su piel era blanca como la leche, sus ojos azules, su cabello rubio y, desde pequeña, se caracterizó por su desparpajo, su gran sentido del humor y su sensibilidad.

Esa mezcla entre belleza y despampanante personalidad fue lo que le llamó la atención, hace más de setenta años, a Roberto Zambrano Lafaurie, un médico perteneciente a una de las familias más prestigiosas del Magdalena, la noche en que en un baile en El Piñón conoció a *Toña*.

Fue un amor difícil. Por un lado, los padres de él no gustaban del poco [“pedigrí”](#) de su familia y, por el otro, ella no confiaba en que el amor que él le profesaba fuese verdadero. Pasaron cinco años antes de que ella accediera a casarse con él, pero, viéndolo bien, no fueron tantos comparados [con](#) los muchos que permanecieron juntos en la vida. De los ocho partos que tuvo, sobrevivieron siete hijos: Ruby, Roberto, Álvaro, Edith, Luis Alberto, Edgardo y Victoria, y, desde que nació la primera, su rol en la vida se convirtió en sobreprotegerlos.

“Mi madre nos protegía como una gallina a sus pollitos”, cuenta Roberto, su hijo, desde su apartamento en Barranquilla, dos años después de que hubiese muerto su madre. “Por ejemplo, ¿puedes creer que habiendo nacido en El Piñón, un pueblo que literalmente tiene el río Magdalena enfrente, jamás aprendimos a nadar? Mi mamá a todos nos metió miedo al agua, tanto así, que mi hermano Luis Alberto dice que cuando se va a bañar en la ducha, de repente siente la sensación de que se estuviese ahogando”, dice este hombre de unos sesenta y cinco años al tiempo que se echa a reír, mostrando sus grandes dientes blancos que combinan perfecto con su delicada piel rosada, cabello canoso y ojos tan claros como un mar caribeño.

Sin embargo, *Toña* no solo se dedicó a sus hijos, su sobreprotección llegó a límites inimaginables que, con el tiempo, no hicieron sino aumentar. Siempre tuvo un imán para atraer la locura. Quien la conocía decía que su sensibilidad era tan fuerte que lograba sentir lo que al otro le estaba pasando, inclusive a aquellos a quienes la sociedad no lograba siquiera entender.

De repente, entran al apartamento de Roberto su hermana mayor, Ruby, luciendo un vestido floreado hasta el piso y una enorme sonrisa que intenta borrar la tristeza que lleva encima desde que su hijo mayor fue víctima mortal del atentado al Club El Nogal en la capital colombiana, y Edith, la famosa hija rebelde, quien afortunadamente había venido de Ciudad de México, lugar donde reside desde hace años.

Casa de locos

“Mi madre era la madre de los locos”, comenta Ruby con una sonrisa que deja ver los frenillos que lleva puestos. “Durante toda su vida, la casa, tanto en El Piñón como en Barranquilla, se caracterizó por tener las puertas de par en par. Por eso, allí entraba el que fuera y a todos los aceptaba como hijos”, aclara la mayor del clan.

“Los locos comenzaron desde que nosotros éramos pequeños”, continúa narrando. “Estaba, por ejemplo, la *Niña Carranza* que se enloqueció después de perder a una hija. Ella llegaba gritando a la casa [dizque](#) porque había soñado con hombres en cueros y con botas, y acto seguido comenzaba a limpiar el patio mientras le rezaba a los dioses para que dejaran todo limpio”, afirma esta mujer entrada en años, con piel tersa y muy conservada.

Edith mira a su hermana y se ríe. Es menor que los otros dos, pero los años le han dado más duro, pues es extremadamente delgada y su estilo de cabello largo y teñido de rojo, combinado con una falda blanca, que besa el piso, y con una camiseta de mangas anchas del mismo color, no le ayudan a verse más joven. Sin embargo, la serenidad de su mirada, la sonrisa bonita y los ojos claros dejan ver que fue una mujer muy hermosa.

“Ruby, [¿y](#) dónde dejas el cuento de [la Loca Sabita](#)?”, interrumpe Edith a su hermana. “Esto pasó también en El Piñón y me acuerdo perfectamente cómo fue. *Sabita* en las lunas llenas se desquiciaba y como todos los locos estaban tan acostumbrados a ir a la casa, ella fue a parar allá. Te digo, yo nunca vi a mi mamá asustada con un loco, a excepción de ese día cuando *Sabita* en un arrebato de esos que le daban, casi la mata. Lo peor de todo es que [aun](#) con ese episodio, mi mamá nunca cerró la perta”, recuerda Edith, abriendo los ojos como si estuviese sorprendida todavía.

Por la casa de los Zambrano Meléndez, en El Pinón, pasaron muchos personajes de este estilo. Uno de esos fue *Toño Ron*, un alcohólico al que la vida y el trago lo fueron convirtiendo en el loco del pueblo. Cuentan los hijos de *Toña* que [a](#) este hombre [solo](#) lo sacaban a la calle engrapado a una tabla, pero que él buscaba la manera de escaparse para llegar a ella, pues sabía que iba a recibir el cariño que necesitaba.

Sin embargo, los casos más impresionantes sucedieron en la casa de Barranquilla. Cuando ya *Toña* vivía acompañada únicamente por Carmen, la empleada de servicio que la vio morir, empezó a llegar a su puerta la [Loca](#) Luz.

“Luz era un personaje verdaderamente macondiano”, mete la cucharada Roberto que hasta el momento había estado [solo](#) escuchando. “Entraba a la casa cuando se escondía el sol y, sin importar que estuviese Raimundo y todo el mundo, se quitaba toda la ropa, se echaba encima dos tarros de polvo Mexana y se sentaba en el comedor a rezarle a sus dioses. Le pedí mil veces a mi mamá que semejante espectáculo no lo podía hacer en el comedor enfrente de todo el mundo, pero mi mamá, como siempre, autoritaria y dueña de su vida, no aceptaba y dejaba que Luz continuara con su ritual nocturno. Luz pasaba todo el día recolectando cosas y al final de la tarde llegaba y se las entregaba a mi mamá. No eran cosas de valor, sino cosas que encontraba en el piso”, dice al tiempo que cruza su pierna derecha sobre la izquierda.

“No sabemos cuándo llegó, pero sabemos que se quedó hasta que murió mi mamá”, continúa relatando. “Y como parte de una promesa que le hicimos a la vieja, la metimos en un sanatorio en Puerto Colombia y allá sigue rezando, [solo](#) que sin el polvo Mexana”, comenta Roberto entre carcajadas.

Sin pelos en la lengua

Toña casi nunca salió de su casa en Barranquilla, pero desde adentro siempre supo todo lo que ocurría afuera. Su sensibilidad era tan fuerte que se la pasaba pegada a la ventana que daba a la calle contando cuántos comensales entraban al restaurante de enfrente. Cuando veía que les había ido mal, se preocupaba enormemente y rezaba para que se mejorara la situación de los dueños del local.

Sin embargo, su obsesión por ayudar al prójimo y dejar la puerta abierta para que entrara el que tuviese algún problema, la convirtió en el blanco perfecto de los atracadores.

“Mi mamá era una guerrera y no le tenía miedo a la muerte”, dice Ruby frotándose uno de sus ojos verde aceituna. “Tal vez por eso es que los atracos siempre fueron, más que miedoso, episodios graciosos. Cuando mi hermano Lucho se fue a vivir a la casa de mi mamá luego de divorciarse, hubo un atraco. Llegaron cinco cachacos y comenzaron a gritar y a apuntar con sus armas. Le preguntaban dónde estaban las joyas y el dinero, ella les decía: ‘No tengo y si tuviera sobre mi cadáver’. Como ella se puso altanera, le apuntaron a Lucho y él inmediatamente empezó a suplicarle entre lágrimas para que se callara, cosa que ella nunca iba a hacer, y comenzó a insultar a Lucho, tratándolo de poco hombre”, evoca con tono burlón.

“Lo chistoso del cuento es que cuando los tipos se iban a ir con las manos vacías, felicitaron a mi mamá por su valentía y también regañaron a mi hermano diciéndole: ‘Oiga, aprenda de la cuchita y no llore tanto para la próxima’”, echa el cuento Ruby mientras mira a sus hermanos con risitas.

Remordimientos

Sí, *Toña* era una mujer con los pantalones bien puestos y con el corazón abierto para el que lo quisiera. Sin embargo, como toda santa, siempre tuvo su lado oscuro. Cuando de su propia familia se trataba, *Toña* era fuerte, sobreprotectora y muy a su ley. No fue al matrimonio de ninguna de sus hijas, pues no le gustaban los hombres con los que se iban a casar. A Ruby le dijo que el suyo era muy malgeniado y a Victoria le suplicó inútilmente que no se casara con ese hombre que no hablaba ni una gota de español y que se la iba a llevar lejos del país para siempre. Ninguna de las dos hizo caso, naturalmente.

Sin embargo, con ningún matrimonio fue más dura que con el de Edith. A ella fue la única a la que le cerró por muchos años las puertas de su casa, pues casarse con un hombre de color, quien encima tenía orientaciones comunistas, era simplemente inaceptable para ella. Para *Toña* era como si se hubiese muerto una hija, como si se la hubiesen llevado lejos para nunca más volver. Pero Edith seguía viva, junto a su marido e hijos en Barranquilla, en las condiciones más precarias.

La gente se la encontraba viviendo de la caridad de sus hermanos y de cualquier persona que quisiera ayudarla, mientras su madre vivía cómodamente en la misma casa de siempre, abriéndole su casa y corazón al que lo necesitara. El resentimiento de ambas fue creciendo y por mucho tiempo se creyó que ya esa puerta jamás iba a volver a abrirse, pero un buen día el resto de sus hijos intercedieron y ambas se pidieron perdón por todo.

Toña siempre fue una buena madre y abuela. Adoró a sus hijos y nietos con todas las fuerzas de su corazón y, hasta el último día de su vida, preguntó por cada uno de ellos y se sabía los pormenores de todos.

Fortaleza ante todo

Antonia Brochero jamás quiso dar muestra de debilidad. No le gustaban las enfermeras y nunca le aceptó a nadie que se sentía mal, ni siquiera cuando se cayó y se rompió la cadera. Tanto era así su personalidad, que en vez de utilizar el caminador para ayudarse, se lo ponía detrás de ella y lo jalaba con una mano. Tenía tanta fortaleza, que a pesar de no poder hacerse cargo de ella misma, tenía 32 gatos bajo su mando, a los que cuidaba, alimentaba y ayudaba constantemente; sus hijos muchas veces intentaron llevárselos, pero *Toña* decía que primero se tenía que morir ella. El día en el que murió transcurrió como cualquier otro y nunca dio señales de dolor ni de estar muriéndose.

Fue tan importante esta mujer en la vida de quienes la conocieron, que para todos sigue siendo abril y llueve todavía. Los gatos aún buscan su olor bajo los cojines, Luz todavía colecciona cosas para dárselas, Lucho sigue creyendo que se va [a](#) ahogar bajo la regadera y el resto de sus hijos despiertan en la madrugada intentando recordar su risa. Aunque para muchos [solo](#) fue una pobre vieja que murió durante un almuerzo de mediodía, para los que la quisieron fue el roble que sobrevivió a toda tormenta y jamás torció su tronco.